

MERCEDES PINTO

La última vuelta del scaife



Ediciones
Irreverentes

MERCEDES PINTO

LA ÚLTIMA VUELTA DEL SCAIFE

Colección de Narrativa
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

©Mercedes Pinto

De la edición: © Ediciones Irreverentes
septiembre de 2009

Ediciones Irreverentes S.L.

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-96959-42-2

Depósito legal:

Diseño de la colección: Dos Dimensiones

Composición y diseño de cubierta: Absurda Fábula

Imprime: Publidisa

Impreso en España.

ÍNDICE

JOSUÉ	7
LONDRES (Gran Bretaña), 1911-1919	11
ESSEN (Alemania), 1919-1931	25
OCÉANO ATLÁNTICO, 1931	81
ÁFRICA DEL SUDOESTE, 1929-1931	133
RÍO ORANGE (África del Sudoeste), 1931-1945.	183
OCÉANO ATLÁNTICO, 1945	299
GRANADA (España), 1945	309
MADRID (España), 1945-1969.	321
ESSEN (Alemania), 1969-1990	383
LONDRES (Gran Bretaña), 10 de mayo de 1991	441
GLOSARIO	453

JOSUÉ

Me llamo Josué, hijo de Aarón y Sara, los seres más honrados que he conocido jamás. Nací en Londres, el 14 de septiembre de 1912, en la vivienda que se encontraba justo encima de la sombrerería propiedad de mis abuelos maternos.

Mis padres eran judíos; mi padre alemán, de origen asquenazí, y mi madre inglesa, de origen sefardí.

A los veintidós años mi madre quedó embarazada de mí. Mi padre sólo tenía diecisiete cuando nací; trabajaba de chico de los recados en la sombrerería.

Se casaron a pesar de mi abuelo, ya que él tenía unos planes muy distintos para su hija, educada en un ambiente burgués y exquisito.

Con mi llegada a este mundo pareció olvidarse todo, las tensiones generadas por aquella boda tan inesperada, se disiparon. Los seis años y medio que viví con mis padres y mis abuelos fui colmado de atenciones y cariño, nada me faltó, absolutamente nada, todo era para mí y por mí. Y si mi padre hubiera sucumbido al solapado soborno con el que mi abuelo intentaba comprarlo, ofreciéndole seguridad económica a cambio de que él le cediera sus derechos como padre, hoy, posiblemente, no me estarías leyendo.

A mi abuelo le resultaba imposible aceptar a mi padre y, aunque lo trataba con corrección, siempre lo hizo sentirse un huésped en su casa. Durante el tiempo que vivimos, mis padres y yo, en la vivienda de la sombrerería, siempre tuvo el presentimiento de que, algún día, su yerno desaparecería con lo que más amaba: su hija y su nieto.

Y ocurrió. Mi padre se cansó de debatirse entre rollos de fieltro, bobinas de hilo, sombreros... y del olor a pegamento que impregnaba toda la vivienda. Si de algo le sirvieron las visitas, casi obligadas, a la sinagoga los sábados, fue para conocer a quien le dio la oportunidad de irse lejos y comenzar una nueva vida con su familia. Así que, terminada la Primera Guerra Mundial, nos fuimos de aquella casa para no volver jamás.

Desde que salí de Londres, aunque aún era un niño, mi vida giró alrededor de una obsesión que me llevaría por los caminos más inverosímiles que un hombre pueda imaginar.

He vagado como un zombi durante toda mi existencia. Mi obcecación por conseguir mi sueño, hizo que perdiera incluso la dignidad. Nada me importaba, sólo tenía una imagen en mi cabeza: Abigail.

Abandoné mi hogar, mis padres, mi futuro, mi propia vida. Traicioné a mis amigos. Caí tan bajo que apenas encontraba fuerzas suficientes para levantarme, sólo podía aguantar en el fango agarrado a mi quimera, para no terminar por fin ahogándome. Hubo momentos en los que quise salir de mi pesadilla, pero había dejado tantas cosas en mi búsqueda —yo pensaba que todo—, que tuve miedo de quedarme sin nada, incluso sin aquello que todavía me sostenía.

Ahora, a mi vejez, me doy cuenta de que no dejo herencia en este mundo, de que, a pesar de haber vivido tantas experiencias, estoy desposeído de lo que más reconforta a un hombre a punto de cruzar a la otra orilla: quedar en la memoria de los que te despiden. No tengo de quien despedirme, ni a quien contar mis historias. No dejo hijos de mi hogar, ni amigos, ni obras malas o buenas para que sean admiradas o despreciadas, por no dejar, no dejo ni propiedades ni dinero. Todo lo que tengo en este mundo se irá conmigo, porque todo mi legado es una vida tormentosa e intensa que no tengo a quien entregar.

Por todo esto he decidido escribir, y contarte a ti, quien quiera que seas, mis andanzas. Quién sabe, tal vez te sirva de algo y te evite

cometer algún error de los muchos que yo perpetré. Aunque me conformo simplemente con darte a conocer un mundo que está restringido a unos pocos. Si tú quieres, te guiaré por mi pasado y escudriñaremos juntos cada rincón de mi alma.

Has de saber que el objetivo de estas primeras palabras que estás leyendo, antes de darte a conocer mis desventuras, es, a pesar de lo que pueda parecer, comunicarte que lo he conseguido; no sé si lo que me movía en un principio, eso lo juzgarás tú, pero sí fluir hacia el final del camino con paz en el espíritu, sin prisas y sin oponer resistencia. Me dejo llevar por aquel que estuvo conmigo todo el tiempo, aunque lo traicioné de mil maneras.

Ahora comprendo que da igual el camino que elijas si al final te lleva al encuentro, tal y como me explico el padre Marcus; he tardado muchos años, pero lo he comprendido. Quizás hubiera podido llegar a esta conclusión sin hacer tantos destrozos a mi paso, pero no puedo cambiar el pasado. He encontrado el Norte. Mi único objetivo es no perderlo en el trayecto que me queda, y que este placentero fluir no se detenga ni por el más bello de los sueños.

Estoy cansado, muy cansado, pero sigo aquí, viviendo de mis recuerdos durante la espera, y luchando como cualquier mortal entre mis afectos y desafectos. No puedo expulsar de mi mente las páginas negras de mi pasado, porque todo eso también soy yo, así que me rindo y convivo con ellas, y, sorprendentemente, ahora, en completa armonía.

LONDRES, 1911-1918

Sara estaba ordenando el almacén, últimamente no se sentía bien y lo tenía descuidado. Los rollos de fieltro, bobinas y materiales diversos se encontraban amontonados por los rincones y su padre le había llamado la atención. Mientras se hallaba afanada en doblar y clasificar los trozos de tela que encontraba a su paso, su madre entró en la estancia y con gesto tenso le habló:

—¿Desde cuando no tienes la *niddab*? Llevas unos días demacrada y pareces cansada. ¿Te encuentras bien? Contéstame Sara, dime qué te ocurre, tu padre no para de preguntarme y no me das explicaciones. Tendremos que ir al médico, supongo que a él le contarás lo que te pasa.

Sara se sentó pálida y sudorosa sobre un montón de rulos de paño. Con el rostro descompuesto, miró a su madre y le habló con un hilo de voz tembloroso:

—Creo que estoy embarazada. Lo siento mamá.

Atará se quedó inmóvil, sin habla, mirando fijamente a su hija como pidiéndole que le dijera que le estaba gastando una estúpida broma o que había oído mal. Pero Sara no dijo nada más, a duras penas sujetaba con sus ojos la mirada de su madre, suplicando perdón y pidiendo ayuda.

—Pero hija, eso es imposible, si estás todo el día en casa, sólo sales para ir a la sinagoga y siempre vas con nosotros. ¿Tienes idea de lo que se necesita para quedarse embarazada?

Sara seguía en silencio, con los ojos prendidos de los de su madre, mientras por sus mejillas caían lentamente dos lágrimas que hablaban por sí solas. En unos segundos, Atará encontró la explicación de por

qué su hija buscaba una silla para sentarse a cada instante, por qué iba al baño dos o tres veces durante la mañana y por qué llevaba dos meses seguidos cogiendo cada día la Torah para su estudio. Sabía que su hija, igual que ella, guardaba escrupulosamente las costumbres heredadas de las mujeres de su familia y no tocaba los libros sagrados durante la *niddah*, pero en ningún momento se le ocurrió que pudiera estar embarazada. Ahora que sabía que no tenía ningún problema de salud, en lugar de alegrarse, su preocupación era aún mayor. ¿Cómo iba a contarle a su marido la causa de los males de Sara?

—Aarón es el padre —dijo por fin, intentando dar por finalizada aquella tensa conversación.

Atará salió de la habitación enjugando sus lágrimas, despacio y cabizbaja. Hubiera querido rodear a su hija con sus brazos, consolarla, llorar con ella; pero no pudo, estaba tan decepcionada que, por primera vez, le negó el abrazo que necesitaba más que nunca. Ahora sólo podía pensar en cómo le iba a contar a Saúl lo ocurrido, sabía que sería un fuerte golpe para él.

Cruzó la puerta que unía el almacén con la tienda y, en ese momento, Aarón llegaba de hacer unos recados y se dirigió a Saúl, mientras Atará lo observaba atentamente:

—No he podido entregar personalmente el encargo a la señora Wilson, no estaba en casa. Se lo he dejado al conserje y no lo he cobrado —dijo el muchacho con cierta agitación por la premura con la que había cruzado la calle.

—Bien está por esta vez Aarón, pero no acostumbres a los clientes a dejarles el encargo sin cobrar, resulta mucho más comprometido tener que volver a su domicilio, para reclamar la factura, sin nada que ofrecer a cambio y cuando ya han estrenado el sombrero. De todas formas la señora Wilson es de toda confianza, estoy seguro de que mandará a su asistente con el dinero esta misma tarde —contestó Saúl con aire serio.

Aarón volvió a salir del despacho con otro paquete entre las manos.

Atará se sentó frente a su marido en la mesa del despacho, éste la miró sorprendido y le dijo:

—¿Necesita un sombrero, señora Abramovsky? Creo que tengo justo lo que necesita, algo que quedará en perfecta armonía con su delicado cabello. —Al comprobar que su esposa lo miraba con los ojos tristes y húmedos, Aarón cambió su afectuosa ironía por un gesto mucho más grave—. ¿Hay algún problema? ¿Qué te ocurre Atará?

—Saúl, Sara está embarazada de Aarón. —Rompió a llorar desconsoladamente mientras se acercaba a su marido para sentarse en sus rodillas y recostarse en su pecho.

Saúl quedó paralizado, por su mente pasaban imágenes de situaciones que en su momento no terminó de encajar y que ahora comprendía a la perfección. Podría echarle la culpa a su esposa, pero no hubiese sido justo; lo que había pasado sólo era culpa suya. Había sucedido mientras Atará dejaba a su hija en la tienda, pensando que su padre la vigilaría con el mismo celo que ella. Pero Saúl se descuidó y, aunque desde el principio fue testigo de cómplices miradas entre su hija y Aarón, los dejó solos en numerosas ocasiones, aún sabiendo que tenía órdenes expresas de su mujer de que mandara a Sara a casa cuando tuviera que salir.

A Atará no le gustaba que su hija estuviera en la tienda, lo veía innecesario. Se sentía incómoda cuando encontraba a los proveedores rondando el establecimiento, esperando a que Saúl tuviera una de sus urgentes salidas para quedarse a solas con Sara.

—Pero... Aarón tiene diecisiete años y apenas es un muchacho, no puedo creerme que me haya traicionado así. ¿Estás segura de tus palabras? ¿Sabes lo que esto significa? —Atará lo miraba sin decir palabra, su silencio era suficiente respuesta a las preguntas de su marido—. Pero si

yo pensaba que Sara algún día se casaría con Josías, no parecía molestarse cuando se le acercaba a la salida de la sinagoga.

—¿Qué vamos a hacer ahora Saúl?

—Celebrar la boda, no hay otra opción. Celebraremos la boda cuanto antes, mañana mismo anunciaré en los oficios que Sara está comprometida.

En aquel momento Aarón entraba en la tienda dispuesto a recibir nuevas órdenes de Saúl.

Sara salió inmediatamente de la estancia, casi podía leer en el gesto de su marido lo que le iba a decir a Aarón.

—¡Siéntate Aarón! —El chico se sentó frente a su jefe, sorprendido por la contundencia de la orden.

Saúl acercó su rostro al del muchacho, sus narices casi se rozaban. Lo miró con dureza, con las pupilas abiertas e inmóviles, y le habló casi susurrándole:

—Ni se te ocurra pensar que la jugada te va a ayudar a mejorar tu situación laboral, todo seguirá como hasta ahora, con la diferencia de que seré tu verdugo mientras me queden fuerzas. Puedes levantarte, te queda poca mañana y mucho trabajo.

Aarón no pudo articular palabra. Comprendió que el señor Abramovsky se había enterado de la relación que había mantenido con su hija, pero le resultaba extraño que hubiera recibido la noticia precisamente en aquellos momentos. Hacía un mes que Sara y él habían dejado sus encuentros clandestinos y apenas se hablaban.

Inexplicablemente, una mañana que Aarón entró en el almacén para saludar a Sara, ella, con el rostro bañado en lágrimas, le dijo que todo había acabado, que no podía soportarlo más, que su padre tenía planes para ella y no podía desobedecerlo. Él intentó disuadirla con abrazos y arrumacos, pero había tomado una determinación y no estaba dispuesta a ceder, aunque se le partía el corazón cuando lo miraba a los ojos. Desde aquel momento Aarón se mantuvo apartado de ella, aunque

abrigaba la esperanza de que todo se arreglara, sabía que Sara lo amaba y que, tarde o temprano, recapacitaría.

Aarón no tenía la más mínima sospecha de que Sara estuviera embarazada, había flirteado con ella desde hacía meses, pero sólo tuvieron una relación completa, y fue tan fugaz que hubiera jurado que Sara todavía era virgen. Ni siquiera había visto su desnudez. Todo ocurrió de pie, tras la estantería de los rulos de fieltro. Días más tarde, cuando cruzaban sus miradas, todavía se preguntaban si aquello realmente había ocurrido. A las dos semanas, Sara decidió acabar con aquellos encuentros secretos y no engañar más a su padre, a sabiendas de que éste jamás aceptaría a Aarón como yerno.

Los días posteriores a la fatídica noticia, Sara se recluyó en su dormitorio, no salió ni para asistir a los oficios del Shabat, no soportaba la idea de cruzarse con su padre. Su madre le llevaba la comida a su cuarto y sólo le habló en una ocasión, para comunicarle que la boda se celebraría lo antes posible. Mientras, Aarón vivía ajeno a toda aquella trama que se estaba organizando a sus espaldas. Aunque, naturalmente, sufría la tensión que había en el ambiente y la asesina mirada de Saúl. Se sentía tan incómodo que estaba buscando otro trabajo; aquella situación no la soportaba más.

Saúl había contratado a Aarón en la fábrica de sombreros como chico de los recados hacía pocos meses, por recomendación del rabino de su comunidad. El muchacho se había quedado sin padre y su madre era una mujer querida y apreciada entre los asistentes a la sinagoga. Necesitaban ayuda y Saúl se vio obligado a ofrecérsela. Pero desde el principio se mostró duro y distante con Aarón, quería que demostrara por sí mismo si era merecedor de su confianza, era muy joven y habría tiempo suficiente de ascenderlo de puesto. Reconocía que era un buen trabajador y que aprendía con rapidez, pero demasiado retraído. Ahora se daba cuenta de lo caro que le había salido aquel acto de generosidad hacia la comunidad.

Aquella tarde de febrero, la tensión se podía masticar en el despacho de la pequeña fábrica. Aarón se dirigió por fin a Saúl:

–Señor Abramovsky, necesito hablar con usted un momento.

–¿Qué se te ofrece, Aarón?

–Verá, el señor Rabinovich me ha ofrecido aprender el oficio en su relojería. Aunque cobraré algo menos que aquí, creo que es una buena oferta y que tendré un buen futuro. Quiero que sepa que el viernes será mi último día de trabajo en su empresa. Gracias por todo señor Abramovsky, ha sido un placer trabajar para usted estos meses.

–A ver si lo entiendo Aarón. ¿Me estás diciendo que puedes llegar, meterte en mi casa, aceptar mi dinero, traicionarme dejando embarazada a mi hija e irte como si nada hubiera pasado?! ¿Es eso lo que me quieres decir?! ¡Contéstame! –gritó Saúl muy furioso, golpeando la mesa con los dos puños a la vez.

Aarón se quedó clavado en su silla, pálido y sin respiración.

–Pero... eso no es posible... yo... no puede ser, no tenía ni idea... no sé que decir.

–¿Que eso no es posible?! ¿Que no tenías ni idea?! ¿Me estás diciendo que mi hija se ha inventado un embarazo y un padre, así como así? Nunca he esperado demasiado de ti, pero esto menos aún. Renegar de tu propio hijo. Créeme que en estos últimos días no has dejado de decepcionarme. No comprendo a mi hija. Pero si no tienes ni barba. ¡Vete, vete a buscar tu futuro en esa ridícula relojería! Yo educaré a tu hijo, no te necesita. Has de saber que toda la comunidad sabe que tú eres el padre de mi nieto, ya me encargué la semana pasada de anunciar vuestro compromiso. Pero claro, tú que vas a saber, si no apareces nunca por la sinagoga. Tranquilo, el compromiso queda roto, y procura no cruzarte jamás en nuestro camino. ¡Vete, vete de una vez!

No se atrevió a decir ni una palabra más, la cólera de Saúl le había paralizado y no reaccionaba. Salió del despacho y anduvo por las calles de

Londres hasta la madrugada. No paraba de darle vueltas a la situación. Iba a ser padre casi sin conocer a Sara. Aunque, en los efímeros encuentros que vivieron, pudo darse cuenta de que no necesitaría mucho tiempo para enamorarse profundamente de ella. Vagó por las calles hasta quedar extenuado.

Al día siguiente se presentó en la relojería y empezó a trabajar esa misma mañana. Hubiera querido ir a la sombrerería y hablar con Sara, decirle que estaba con ella, que no la dejaría jamás y que realmente la amaba, pero sabía que el señor Abramovsky había levantado un muro que le sería imposible saltarse por el momento. Sólo le quedaba esperar.

El señor Rabinovich, dueño de la relojería, al verlo tan abatido, le preguntó qué le pasaba. Aarón se desmoronó y se desahogó con Abraham como si fuera un niño.

El relojero se compadeció de él. Le prometió hablar con Saúl cuando pasaran unos días y la situación se aplacara un poco. Sólo mirar a aquel muchacho, imberbe y lleno de inseguridades, lo llenaba de compasión.

A la semana siguiente, Abrahán se encaminó a la sombrerería para hablar con Saúl. Al principio éste se mostró intransigente, pero poco a poco empezó a ceder y decidió escuchar al muchacho. Por supuesto, si Aarón le pedía casarse con su hija, no se lo iba a poner fácil, tenía preparada una lista de condiciones interminables, difíciles de cumplir.

Sara y Aarón apenas cruzaron alguna palabra antes de la boda. Aarón volvió a trabajar en la sombrerería y a veces se topaba con ella. En una ocasión se armó de valor y le habló casi al oído:

—¿Estás bien?

Sara contestó con tristeza y recelo, estaba pasando unos días muy duros y no creía que Aarón le estuviera brindando su apoyo, de hecho, parecía estar más interesado en demostrar a sus padres que era digno de su próxima familia que en ayudarla a soportar tanta angustia.

—No, no estoy bien, jamás en mi vida me he sentido tan abatida y angustiada. Tú ya ve que soportas bien la presión.

A las cuatro semanas la boda se celebró, fue un gran acontecimiento entre los miembros de la comunidad judía de Londres. Saúl era un hombre muy respetado y conocido y, aunque su hija se casaba a su pesar, decidió que fuese un enlace por todo lo alto, tal y como lo hubiera hecho en un futuro, aunque no precisamente con Aarón. Atará hizo los preparativos mientras derramaba lágrimas por toda la casa. No paró de llorar hasta pasados unos días después del evento.

El catorce de septiembre vine al mundo, un niño precioso, decía mi abuela. Por primera vez, la sombrerería cerró sus puertas un martes. Mi abuelo estaba como loco, la llegada de su nieto pareció borrar todo lo sucedido los meses anteriores, se sentía eufórico, por fin había llegado a aquella casa el varón que él siempre había deseado.

Mi abuela paterna no llegó a conocerme, murió dos meses antes de mi nacimiento de una larga enfermedad, de manera que mis abuelos maternos no tuvieron que compartirme con nadie.

A los ocho días fui circuncidado, como marcan las leyes judías, también con una gran fiesta. Aunque era muy pequeño como para guardar ningún recuerdo, sí conservo una marca bastante desagradable que me hace pensar que aquello no fue un simple corte, al Mohel debió de írsele un poco la mano.

A partir de aquel momento, todos los miembros de mi familia, que hasta entonces parecían haber perdido el motivo por el que hacían las cosas, encontraron la razón de todo: yo. Todo por mí y para mí; mi abuela Atará cocinaba y cosía para mí, mi abuelo Saúl trabajaba para mí, mi madre oraba por mí, y mi padre... bueno, mi padre, también gracias a mí, consiguió dejar de ser la obsesión de mi abuelo. Él, en los primeros años,

se mantuvo prácticamente al margen de mi educación a cambio de la escasa libertad que esto le supuso. En cierto modo se dejó sobornar, porque no siempre estuvo de acuerdo con los caprichos y el exceso de afecto que me daban, pero cada vez que intentaba intervenir en mi formación era ignorado de plano por mis abuelos, decían que era demasiado joven para saber como educarme.

Mi padre empezó a ir en Shabat a los oficios religiosos, para hacerse un hueco en la familia, pero, igualmente que en ésta, era ignorado en la comunidad, un muchacho demasiado tímido y anodino, decían entre ellos, para justificar que nunca contaban con él.

Aquel día, mi padre se decidió, estaba cansado de la situación, necesitaba hacer algo por sí mismo y lo tenía planeado. Celebrábamos el almuerzo del Shabat cuando habló:

—Me he alistado en el 39º regimiento de fusileros del rey como voluntario, probablemente saldré para Egipto dentro de dos semanas.

Se hizo un largo silencio, parecía que nadie hubiese escuchado a mi padre.

—¿Cómo has podido hacer una cosa así sin haberme consultado? No puedes irte, Josué apenas tiene seis años, te necesita —mi madre hablaba mirando su plato y casi susurrando, sabía que de un momento a otro se desataría la cólera de mi abuelo, que no soportaba que los miembros de su familia tomaran decisiones sin su consentimiento.

—Josué sobrevivirá sin mí, como así ha sido hasta ahora, estoy seguro de que con vosotros tendrá todo lo que necesita —respondió mi padre con cierto sarcasmo.

—¿Cómo te atreves a hablar de temas paganos en el almuerzo del Shabat?! ¡Es increíble lo difícil que te resulta respetar a Nuestro Señor! ¡Vete, vete cuando quieras! Ya sabía yo que tanto ir a la relojería iba a

salir por algún lado, seguro que esas ideas te las han metido en la cabeza los hijos del relojero, más os valía a los tres aparecer por la sinagoga, en vez de dedicaros a hacer política barata y juntaros con esa corriente de sionistas liberales que lo único que persiguen es salir de su casa a consta de lo que sea. Pero ¿cuando te ha interesado a ti tu propio pueblo, ni su sueño de volver a Israel? ¿Crees que con un par de regimientos vais a sacar a los turcos de allí para que podamos volver todos los judíos? Es increíble, lo que eres capaz de hacer por librarte de tus obligaciones.

Mi padre se levantó de la mesa ante la ira descontrolada de su suegro. Como siempre, no pensaba discutir, no tenía la menor intención de defenderse, y, por supuesto, mi madre nunca se hubiera atrevido a ponerse de su parte. Creo que aquella situación dejó en mí tal huella, que es la imagen más lejana que tengo de mi infancia. Recuerdo la angustia que me produjo la fuerte tensión que había entre mi abuelo y mi padre, y cómo intentaba llamar la atención desesperadamente, tosiendo y pidiendo agua, con la única intención de que todas las miradas se volvieran hacia mí y conseguir, una vez más, relajar el momento.

La noche anterior a su partida, mi padre me habló:

—¿Sabes que mañana me voy muy lejos, Josué?

—Sí, a Egipto, pero mamá dice que volverás pronto —contesté distraídamente.

—Eso espero Josué. Quiero que sepas que, esté donde esté, estarás conmigo.

—No papá, si te vas lejos no podré estar contigo. —Puse más atención.

Recuerdo que mi padre me puso en sus rodillas y que me dio un húmedo beso en la frente, seguramente porque alguna lágrima había llegado a sus labios.

No volví a verlo en varios meses. Si no hubiera sido porque algunas veces mi madre me cogía en sus brazos mientras lloraba como una

niña, casi no me hubiera dado cuenta de su ausencia. Incluso, yo diría que aquel tiempo pasó más rápido de lo normal, mis abuelos me mimaron y colmaron de caprichos a sus anchas.

Mi padre volvió en noviembre de ese mismo año. Terminada la Gran Guerra, los voluntarios de los regimientos de fusileros del rey fueron licenciados y devueltos a su lugar de origen.

Volvió con una gran cicatriz en la barbilla que, supuestamente, se hizo en combate. Mi madre se la miraba con orgullo, sabía que aquella herida, en pleno rostro, le recordaba a mi abuelo constantemente que su marido había sido capaz de hacer algo que él nunca se hubiese ni planteado: arriesgar su vida para devolver Israel al pueblo judío.

Pero días después, en una de las acaloradas discusiones entre suegro y yerno en la mesa, mi madre, por primera vez salió al paso para defender a mi padre, con mucho recato, pero con firmeza:

–Déjalo ya papá, deja de provocar a Aarón. Aunque no fuese de tu agrado su partida a Egipto, tienes que reconocer que hay que tener valor para arriesgar la vida por nuestro pueblo, mira su cicatriz, no debió de ser nada fácil.

Más le hubiera valido a mi madre callar, como siempre. No eligió la mejor ocasión para defender a mi padre.

Sin pensarlo un momento, mi padre, mientras miraba fijamente su plato, dijo:

–No es una herida de guerra Sara, siento tener que corregirte la primera vez que sales en mi defensa.

Mi madre se quedó de piedra, no acertaba a articular palabra, y se hizo un largo silencio que rompió la grave voz de mi abuelo.

–¡No es posible! ¿Llevas paseando tu cicatriz por la casa varias semanas, a sabiendas de que todos pensábamos que era una herida de

combate, y no has tenido el valor hasta ahora de decirlo? ¿Y se puede saber cómo conseguiste romperte tu dura cara? —dijo en un tono irónico y muy desagradable.

—Tropecé a la salida de un bar. Iba un poco bebido. —Dicho esto, mi padre se levantó de la mesa y se fue, dejando a todo el mundo como estatuas.

Aunque mi abuelo quedara decepcionado al saber cómo mi padre se había hecho la cicatriz, en su fuero interno, fue sorprendido por la honestidad con la que se había explicado, aún a sabiendas de que su sinceridad la iba a pagar cara y se volvería en su contra. De todos era sabido en aquella casa la importancia que se daba a la franqueza; de hecho, una de las frases preferidas de mi abuelo era: «Hay que ser más valientes para decir la verdad que para ponerse en el frente». Así que, aunque se moría de ganas por hacerlo, no dijo nada más, la conversación se dio por concluida. Pero a partir de entonces mi madre ya no miró el rostro de mi padre con orgullo. Ahora, su cicatriz le recordaría, durante toda su vida, la borrachera que cogió en Egipto.

Mi padre, en un intento de reconciliación con mi abuelo, volvió a asistir a los oficios religiosos, pero aquella repentina devoción, con doble intención, no consiguió convencer a nadie y, en vez de aumentar sus conocimientos sobre los libros sagrados y ayudarlo a integrarse en la comunidad, sólo consiguió que tuviera aún más contacto con el relojero y sus hijos. Y por ellos supo que Abraham, el dueño de la relojería, tenía un hermano que vivía en Alemania, concretamente en Essen, una concurrida ciudad de la *cuenca del Ruhr* con una gran actividad industrial debida a su producción de carbón. Jeremías, el hermano del relojero, se encargaba de la gobernación y administración de la granja agrícola de un alto mando militar alemán. Desde que lo supo, mi padre puso todas sus energías en conseguir un puesto de trabajo en la granja de Essen para poder marcharse y empezar una nueva vida con su familia. Y lo

consiguió. Unos días antes de partir, durante el almuerzo, mi padre habló. Este tipo de noticias las daba siempre en presencia de todos, porque sabía que, estando yo presente, mi abuelo solía ser más comedido en sus comentarios y hacía un esfuerzo sobrehumano por controlar su ira; no quería ser un mal ejemplo para mí.

–El señor Rabinovich me ha conseguido trabajo en Alemania, en una granja de Essen, y he aceptado.

Mi abuelo intentó mantener la calma y le habló con cierta tranquilidad:

–¿Qué has aceptado qué? ¿Crees que estarás mejor bajo las órdenes de un extraño que con tu propia familia?

–Sí, lo creo –respondió mi padre con seguridad, casi desafiándolo.

–Me sorprende tu ingratitud. Te recuerdo que te acogí en mi casa, te di trabajo, comida caliente cada día..., y me he encargado de tu hijo y tu esposa todos estos años. ¿De verdad crees que vas a tener todo eso en otro lugar? ¿Vas a volver a abandonar a tu familia por otro de tus caprichos? –preguntó subiendo sin control el volumen de su garganta.

–No voy a abandonarlos, vendrán conmigo. Tendremos una vivienda dentro de la granja y lo liberaré por fin de su carga. Todo está previsto.

–No puedes hacerles eso, ellos se quedarán.

–Sí que puedo, le recuerdo que, según las leyes judías, la mujer debe obediencia a su marido, ¿no es así?

–Pero qué va a ser de ellos, en una tierra extraña, acostumbrados a tenerlo todo, y... ¿Cómo vas a ocuparte tú solo de alimentarlos y proporcionarles la vida a la que están acostumbrados? –hablaba ahora mi abuelo en tono más que moderado, en un intento de disuadir a su yerno. Pero en vista de que no conseguía nada, optó por las amenazas–. Ni se te ocurra pensar que voy a darte el dinero para el viaje. No te daré ni un centavo para esta locura.

–No lo necesito, tengo suficiente dinero ahorrado para los tres
–dijo mi padre con orgullo.

–¿Qué has ahorrado suficiente dinero como para comprar el
pasaje para Alemania de los tres con lo que te pago?

–Sí, ¿no es increíble?

La última respuesta de mi padre dio por terminada la conversación.
Desde aquel día hasta nuestra marcha, nadie volvió a hablar del tema. Sólo
se oían los llantos y sollozos de las mujeres por los rincones de la casa.

El día que mis padres y yo salimos hacía Alemania a mi abuela
casi se le rompe el corazón, yo creo que realmente se le rompió. Mi
abuelo, en cambio, mantuvo el tipo en un intento heroico de parecer
indiferente.

ESSEN (ALEMANIA), 1919-1931

Mi vida en Essen no se parecía en nada a la que me dejé en Londres. No recuerdo que echase de menos mi antigua casa, ni siquiera —lo siento, tengo que ser sincero— a mis abuelos. Cambiar los largos y oscuros pasillos por las amplias estancias llenas de luz, los antiguos cuadros por grandes ventanales, el olor a fieltro por el de los campos de cereales y el gris del asfalto por el verde de los prados fue una grata sorpresa para mis sentidos.

Aunque Essen era una ciudad muy industrial, la granja estaba algo apartada de ella, muy cerca de la ribera del río *Ruhr*. Llegamos a comienzos de la primavera del diecinueve, el paisaje estaba en su esplendor. Mi padre y yo empezamos a hacer juntos muchas cosas: íbamos a pescar al río, paseábamos por el campo y recogíamos moras por el camino, empezamos a tener alguna charla hombre a hombre... Siempre que podía me llevaba con él. Conocí a un hombre que jamás pensé que estuviera escondido detrás de aquella gran cicatriz.

Al principio mi madre se echaba a llorar a cada instante, pero, poco a poco, con la ayuda de la señora Rabinovich, se adaptó a su nueva vida y, más de una vez, me dijo mientras contemplaba el río: «Qué hermoso es todo esto, así debe de ser el paisaje de la vida eterna». Yo creo que incluso se alegró de haberse separado de sus padres; en aquel lugar gozaba de una libertad que nunca imagino que existiera. También ella descubrió en mi padre un hombre que no conocía, un hombre que, fuera del ambiente tan hostil para él como lo era el de la sombrerería, se mostraba ahora mucho más amoroso y seguro de sí mismo. A veces la cogía por la cintura y la llevaba a dar un paseo por los alrededores, ella ponía una

sonrisa preciosa y se alejaban ante mi mirada, era como contemplar una romántica postal.

Vivíamos en una pequeña vivienda que se encontraba dentro de la hacienda, muy cerca de la residencia principal en la que vivían el señor Jeremías Rabinovich, su esposa Jezabel y sus dos hijos: Josías de diecinueve años y Abigail de nueve.

Nuestra casa tenía sólo dos habitaciones: la cocina comedor, cuya puerta daba directamente a la calle, y el dormitorio de mis padres. Yo dormía en la pequeña buhardilla del tejado. En la parte trasera, ubicado en el patio, había un pequeño baño que hacía las veces de lavadero, recuerdo que allí mi madre pasaba horas lavando, no cesaba hasta que el blanco de las sábanas y manteles quedaba immaculado. Todo el interior de la casa estaba revestido de madera. Al principio parecía una vieja casucha, pero mi madre se ocupó de llenarla de flores, embellecer con cera y barniz cada rincón, colocar cortinas de croché, dar brillo a las cacerolas que colgaban de la pared de la cocina..., haciendo de ella un entrañable hogar.

Yo pasaba mucho tiempo en la casa de Jeremías con sus hijos, sobre todo con Abigail, hasta que ésta cumplió los doce años —el paso a la edad adulta para las mujeres judías—. A partir de entonces dejó de jugar conmigo en los alrededores del caserón que presidía la granja y tuve que conformarme con mirarla y hacerle gestos a cierta distancia; sólo podía estar cerca de ella cuando éramos vigilados por su madre.

Una bonita tarde de verano, mientras mi padre y yo sujetábamos una caña a la orilla del río, le pregunté:

—¿Tú también tuviste padre, papá?

—Claro, Josué, todo el mundo tiene un padre, incluso yo.

—¿Y te acuerdas de él? ¿Cómo era? ¿Te llevaba al río a pescar?

—Pues... la verdad es que no lo recuerdo con claridad, murió cuando yo aún era muy pequeño, pero sé que fue un gran hombre.

—¿Y cómo lo sabes, si no te acuerdas?

—Porque el día que murió me dejó lo único que tenía, este reloj. Algún día yo también te lo dejaré a ti.

Mi padre acercó su muñeca a mis sorprendidos ojos para que pudiera observar el elegante reloj, luego se desabrochó la correa y le dio la vuelta.

—Mira lo que pone en el dorso, lee.

Me acerqué y leí:

—*A mi hijo Aarón, de su padre.*

—¿Ves? Aquí lo pone con absoluta claridad, yo también tuve un padre que me quiso tanto como yo a ti. Yo también te lo dejaré, cuando seas un hombre, y también pondré: «A mi hijo Josué, de su padre». ¿Te gustaría?

—¿De verdad? ¿Cuándo sea mayor yo también podré llevar este reloj?

—Claro que sí, cuando seas mayor.

—Es un reloj fantástico. El señor Rabinovich, el relojero, ¿te acuerdas? —Asentí efusivamente, pero apenas lo recordaba. Aunque sí tenía claro que aquel señor no fue del agrado de mi abuelo y que lo culpaba de nuestra salida de Londres—. Decía que era una pieza única.

Aquella conversación aún la recuerdo perfectamente. A partir de ese día, de alguna manera asocié mi hombría al reloj. Cada cumpleaños iba acompañado de la decepción de saber que aún no era un hombre para mi padre, porque nunca me regaló el reloj. Por eso me he pasado la vida preguntando la hora, no he consentido ocupar en mi muñeca el lugar reservado al reloj de mi padre, convencido de que algún día me haría un hombre.

Mi madre seguía conservando las más antiguas costumbres judías, eran casi una superstición; recuerdo que cuando llegaba a casa y dejaba mis libros sagrados atropelladamente sobre la mesa, enseguida se oía su voz llamándome:

—¡Josué! ¡Josué! Te he dicho mil veces que dejes en orden tus libros, la Torah siempre debe estar encima de todos.

Si estaba en su *niddab* esperaba a que yo mismo lo hiciera, pero en caso contrario los ordenaba ella. Porque otra de las costumbres heredadas de mi abuela era no tocar los libros sagrados en su *niddab*. También, en esos días, dormía separada de mi padre, para no tentarlo, supongo. Le decía que, aunque esas prácticas no se contemplaban en las leyes judías, eran parte del *Minbag*—costumbres aceptadas universalmente por el pueblo judío—. Mi padre no era un hombre que acostumbrara a discutir, pero aquellas manías de mi madre, según él, lo sacaban de sus casillas y, cuando ella estaba en su *niddab*, se apreciaba su mal humor. Decía que no era por el hecho de no poder tocarla, sino porque se iba del lecho común. Incluso los jornaleros de la granja bromeaban con él—los que eran alemanes claro—, y entre ellos se oían frases como: «No es buen momento para pedir un adelanto al patrón, parece que su mujer está en la *niddab*». A mi madre nunca le importaron los comentarios de los jornaleros ni el mal humor que a mi padre le producían, no hubiera abandonado la *Minbag* por nada del mundo, su madre puso mucho esfuerzo, desde que era una niña, en grabársela a fuego en su mente.

La granja era propiedad de un alto militar alemán. Jeremías había estado a sus órdenes como médico en la Gran Guerra, éste le salvó la vida operándolo de apendicitis en condiciones muy adversas. En agradecimiento, el coronel le ofreció el arduo trabajo de recuperar la granja que había descuidado durante el tiempo que sirvió para el ejército y le prometió el diez por ciento de las ganancias que se obtuvieran.

Aunque la posguerra estaba castigando duramente a la concurrida ciudad de Essen, la granja parecía ser un mundo aparte, incluso fue favorecida por aquella depresión económica; algunos de los trabajadores del

carbón y de las numerosas fábricas pedían trabajo a Jeremías ante la imposibilidad de sobrevivir en aquellas condiciones. Jeremías pagaba bien, era un hombre justo. Resultaba curioso, en los tiempos que se acercaban en Alemania para el pueblo hebreo, cómo un judío contrataba jornaleros alemanes.

Jeremías, no sólo consiguió levantar la granja, además obtuvo cuantiosas ganancias para su dueño, y su diez por ciento le permitió invertir en otros negocios, que a su vez engordaron sus ahorros enormemente. Gran parte de su dinero lo empleaba en el comercio de diamantes que su hermano Samuel tenía en Amberes. Llegó a estar tan involucrado en este ejercicio que prácticamente delegó su puesto, como responsable de la granja, en mi padre, aunque no le concedió ni el uno de su diez por ciento. Eso sí, le pagaba el salario convenido religiosamente.

Los tres hermanos Rabinovich, el relojero, el comerciante y el médico, habían heredado sus conocimientos sobre el diamante de su padre. Formaban un equipo perfecto. Samuel, el comerciante, avisaba a Jeremías cuando se enteraba de que había alguna piedra interesante en el mercado. Jeremías, el médico granjero, aportaba el dinero y Samuel lo ponía en contacto con el vendedor o se la proporcionaba él mismo, muchas veces la pulía el propio Jeremías. Aunque eran Abraham, el relojero, y Samuel los que se dedicaban al menester de pulir las piedras, los tres eran buenos lapidarios, como su padre. Por otro lado, Abraham compraba las gemas de menor tamaño para engarzarlas en anillos, colgantes y relojes, que luego vendía en su relojería.

Recuerdo cómo Jeremías me enseñó a pulir pequeñas piedras en su casa, se daba cuenta de que sentía curiosidad por aquella labor y a veces traía alguna macla de Amberes para que yo practicara. El día de mi *Bar Mitsvah* me regaló uno de los *scaifes* que guardaba de su padre. Decía que ya los había mucho más modernos, pero que con aquel su padre había pulido diamantes de una forma excepcional.

Jeremías era considerado en la sinagoga de Essen un gran conocedor de la Torah y el Talmud. Aunque por ser un hombre muy ocupado no llegó a obtener el cargo de rabino de su comunidad, participaba activamente en los oficios y su conocimiento de las leyes judías le permitía aconsejar con sabiduría.

Desde que llegué a la granja, el señor Rabinovich se ocupó de instruirme en la Torah e inculcarme la importancia del sentido del deber en un judío; me enseñó las oraciones y costumbres, incluso a ponerme los *tefilim* y a saber llevarlos para estar preparado el día de mi *Bar Mitsvah*.

A mi padre no parecía importarle que pasara tanto tiempo con Jeremías, más bien se quitaba un peso de encima, de no ser por el señor Rabinovich, mi madre lo hubiera obligado a que se ocupara él mismo de mis estudios religiosos, y esto no le hubiera sido nada fácil a un hombre que, aunque su corazón era judío, no estaba para nada convencido de que tanto ritual y precepto realmente sirvieran para algo, prefería aprovechar ese tiempo para dedicarlo íntegramente a la granja. No sólo se ocupaba de las labores propias del campo y los animales, también llevaba las cuentas; era como una mezcla de capataz y contable. A veces se quedaba hasta altas horas de la noche, enterrado entre cuentas y papeles, y al amanecer ya estaba conduciendo a los jornaleros a su puesto de trabajo.

La vivienda principal de la granja estaba presidida por una gran estancia central, cuya puerta daba directamente al exterior. En ella transcurría la vida de todos los miembros de la familia Rabinovich, e incluso la de los de la mía.

Una tarde, mientras Jeremías me hacía repetir, una y otra vez, la oración del libro del Deuteronomio (6,4–9), llegó mi padre para hacerle una consulta a mi instructor, siempre relacionada con la granja, claro está, sus conocimientos religiosos nunca le interesaron lo más mínimo. Después de aclarada la cuestión, el señor Rabinovich quiso abordar otra conversación muy distinta:

–Siéntate un momento Aarón, me gustaría hablar contigo sobre Josué.

Mientras, yo seguía repitiendo una y otra vez: «Escucha, Israel: Yahvé, nuestro Dios, es el único Yahvé. Y tú amarás a Yahvé tu Dios, con todo tu corazón, toda tu alma y con todas tus fuerzas. Graba en tu corazón los mandamientos que yo te entrego hoy, repíteselos a tus hijos, habla de ellos tanto en casa como cuando viajes, cuando te acuestes y cuando te levantes, grábatelos en tu mano como una señal y pónelos en la frente para recordarlos, escríbelos en las columnas y en las puertas de tu casa».

Mi padre se sentó y se dispuso a escuchar a Jeremías.

–Como ya sabes, llevo tiempo instruyendo a tu hijo en sus estudios y prácticas judías. Es un niño muy despierto e inteligente. No sólo se ha aplicado en mis enseñanzas con empeño, además ha mostrado mucho interés en el oficio de lapidario, es capaz de estar horas mirando cómo pulo una piedra, incluso me pide constantemente que le deje probar, y no para de hacerme preguntas sobre el tema.

–Me agrada que me hables así de mi hijo. Por mi parte no hay ningún impedimento para que siga sus estudios, tanto en lo que respecta a la ley como al oficio de lapidario. Te estoy muy agradecido por todo lo que estás haciendo por él, ya sabes que en ninguno de los dos temas tengo grandes conocimientos.

–No tienes que darme las gracias, lo he hecho muy gustoso. Pero no es de eso de lo que quería hablarte. Ya te he comentado que mi hijo Josías apenas me acompaña ya en mis viajes a Amberes, él ahora hace desplazamientos más largos. En estos momentos estoy esperando su llegada desde África del Sudoeste. Mi hermano Abraham me comunicó que en Kolmanskop estaban a la venta un par de diamantes únicos y Josías ha ido personalmente a negociarlos, parece ser que con éxito. Te cuento todo esto porque, teniendo en cuenta el interés de Josué, y aun-

que sé que todavía es muy joven, me gustaría que me acompañara alguna vez a Amberes. Allí podría obtener, en la práctica, las respuestas a sus insistentes preguntas. Por supuesto la decisión es tuya, pero déjame decirte que se ausentaría a lo sumo dos días en sus viajes, y que asumo totalmente la responsabilidad.

—Pues por mi parte no hay ningún problema, en principio no voy a oponerme a nada que sea bueno para la formación de mi hijo, pero déjame que lo consulte con Sara, ya sabes cómo es ella con Josué, mañana podré darte una respuesta.

A aquellas alturas de la conversación yo tenía la garganta seca de tanto repetir el fragmento del libro del Deuteronomio y me acerqué al fondo de la estancia, para observar cómo la madre de Abigail se afanaba en enseñar a su hija un bordado complicadísimo, o al menos a mi me lo pareció.

Creo que fue en aquel momento cuando me enamoré perdidamente, y para siempre, de Abigail. La inclinación de su cabeza, mientras miraba atentamente su labor, sólo dejaba ver su ondulado cabello, sus largas pestañas y sus rosados labios; sus manos, agarradas con dulzura al bastidor que sujetaba la blanca tela, parecían bellas flores sobre la nieve, mecidas por una suave brisa que impregnaba el ambiente de un delicado aroma, incluso ahora, al recordar el momento, percibo el dulce olor que desprendían. Quedé totalmente prendado de aquella estampa, hasta tal punto, que se convirtió en mi obsesión el resto de mi vida. Por entonces yo no había cumplido los nueve años, ni ella los doce, y todavía pasábamos largos ratos jugando en la pequeña pradera que llegaba hasta el río.

Terminada la conversación, mi padre y yo nos marchamos a casa, allí nos esperaba mi madre con la cena sobre la mesa. Comentaron entre ellos la posibilidad de que viajara de vez en cuando a Amberes y, al día siguiente, por la mañana temprano, mi padre habló con Jeremías antes de comenzar la dura jornada.